

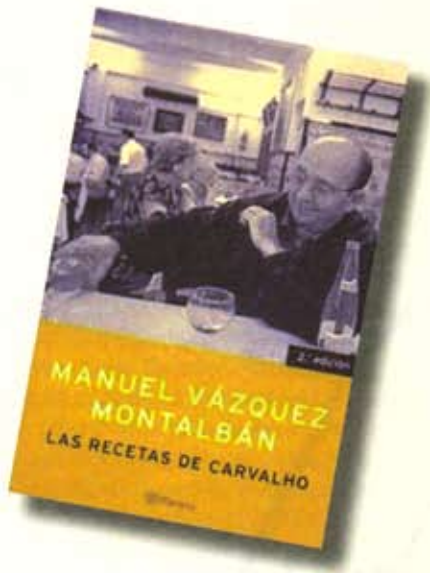
Se vive solamente una vez

La cocina de Pepe Carvalho, el detective gourmet de Manuel Vázquez Montalbán

DANIEL VÁZQUEZ SALLÉS*

Carvalho es un tragón, un ansioso; cuando está en crisis, en una situación de angustia, come como un desesperado. No sé qué pensará el detective de las palabras que le dedica su padre, confesor y censor, Manuel Vázquez Montalbán, sobre su relación con la gastronomía. Un gourmet, y Carvalho es un gourmet pese haberse quedado preso en las mazmorras de la cocina tradicional, es una persona de paladar afinado, un superdotado con una capacidad innata de caminar por vericuetos imprescindibles para alcanzar fuentes del placer inaccesibles para simples engullidores. Y como hombre de paladar sensible, Carvalho tiene millones de lectores, un club de fans que han disfrutado de las enseñanzas del detective y que, a la vez, han sufrido de los saberes culinarios del galaico catalán en momentos de ayuno. Esa es su mejor defensa frente a las palabras maniqueas del escritor, incapaz de soportar que un detective que creó para evitar psicoanalizarse en cualquier consulta de un discípulo de Erich Fromm o Carl Gustav Jung pueda seguir disfrutando de un magnífico *Bacalao al pilpil*.

Una de estas víctimas de la gula de Carvalho fue el subcomandante Marcos, amigo y compañero del detective barcelonés, que sobrellevaba las noches bajo los cielos de la Selva Lacandona mirando el vuelo de los pájaros de Bangkok o siguiendo las huellas de Stuart Pedrell en su huida hacia los Mares del Sur. Y allí, sometido a las carencias lógicas de un guerrillero revolucionario escondido en la espesura de la vegetación, Marcos tenía que dejar de leer las novelas negro criminales cuando sus glándulas salivales empezaban a descontrolarse y sus tripas protestaban ante la imposibilidad de convertirse en contenedor de un succulento *cap i pota*. Leer a Carvalho no es recomendable ni para náufragos, ni para bulfímicos, ni, por supuesto, para guerrilleros con camping gas pero sin materias primas a su alcance. Leer a Carvalho es aconsejable para los que tengan la posibilidad de



desplazarse a horas intempestivas hasta la cocina y prepararse un *caldero* a solas o en compañía. A Carvalho, forense de los males de la sociedad, más que descubrir o no descubrir al asesino, y dejarlo en manos de los lectores, lo que más le interesa es transmitir la memoria, y no hay mayor memoria que la de los platos.

A Carvalho, la cocina le ha servido para entablar complicidades con el lector. El carácter neurótico del detective convierte el acto de cocinar en una disciplina neurasténica. Pero el hecho de transmitir al detalle los secretos de lo que está preparando, y utilizar los olores que salen de la cazuela, de la sartén, del horno o de las brasas para viajar hasta el mismo útero materno, hace que la cocina le sirva como elemento conciliador con el lector, y que este se siente a la mesa y acabe disfrutando de una sobremesa junto a un nihilista amante del placer culinario como única isla posible en la que arribar en tiempos revueltos. Un lector que haya sido fiel a Carvalho a lo largo de los treinta años de andadura del detective por el mundo canallesco, es mucho más sabio culinariamente en su faceta de hombre desencantado en puertas de la jubilación que en su faceta de joven, intrépido y soñador, que un día de 1974 descubrió en una librería la primera edición de *Tatuaje*.

Sentado en su despacho, con las hojas de las palmeras de la Plaza Real acariciando sus cavilaciones, Carvalho valora la valentía de su creador. Él, un gran detective de Barcelona, es hijo de la provocación, un ajuste de cuentas contra la izquierda austera y los literatos ortodoxos. Pero ahora, Carvalho también peina canas y, en la madurez, la gastronomía ha cambiado de tercio y se ha convertido en una metáfora de la cultura, en cuanto a que la gastronomía no es más que un enmascaramiento de la muerte o un enmascaramiento de la culpabilidad del hombre por tener que matar para sobrevivir. Disfrutando de una copa de Chateau Carteau Cotes Daugay Saint-Emilion Grand Cru, al detective le es fácil evocar a Manuel Vázquez Montalbán cuando dijo que "quizá en el fondo, lo único que sea policíaco, lo único que sea criminal en mis novelas de Carvalho, sea la cocina".

Los seres planos, sin aristas, incapaces de ejecutar un asesinato para satisfacer el placer de la gula, son seres inservibles para el imaginario de un detective cuya máxima ha sido destruir los valores morales de una sociedad, y llenarla de talentosos gastrónomos a los que no les tiembla el pulso a la hora de escaldar un centollo en agua hirviendo sí el resultado de la ejecución es poder maridar las carnes del crustáceo decápodo con una Albariño Laxas. Ese es el mayor legado de Pepe Carvalho, miembro de un club privado de detectives gastronómicos que han sustituido las hamburguesas, los pudding o los perritos calientes por unas *tripes à la mode du Caen*, una *pasta con le sarde* o un *mar i muntanya*. Si un día, un nuevo detective logra abstraerse del sabor del plomo de las balas y convierte la cocina en divertimento y reflexión, entonces tendrá derecho de entrada en un club que tiene a Carvalho, Montalbano y Maigret, con permiso de madame Maigret, como ideólogos. En la puerta del local, el portero le va a pedir una contraseña. Conociendo al personal es fácil descifrarla: "Se vive solamente una vez, hay que aprender a querer y a vivir".

*Escritor y periodista especializado en gastronomía y cine